CINECLUB NUCLEO

Con el apoyo del INCAA y la gerencia de Espacios INCAA

- Fundado por Salvador Sammaritano
- Fundación sin fines de lucro
- Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes
- Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes
- Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Bs. Aires

Temporada Nº **61**
Exhibición Nº
7870

Espacio INCAA
Cine GAUMONT

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 4825 4102 o escribiendo a:
ccnucleo@hotmail.com

Buenos Aires, domingo 27 de julio de 2014

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 16 años**

VEA CINE EN EL CINE – VEA CINE EN EL CINE - VEA CINE EN EL CINE

UNA DAMA EN PARÍS

(*Une Estonienne à Paris*, Estonia / Francia / Bélgica - 2012)

Dirección: ILMAR RAAG. *Guión*: Agnès Feuvre, Lise Macheboeuf, Ilmar Raag. *Dirección de fotografía*: Laurent Brunet. *Diseño del film*: Pascale Consigny. *Montaje:* Anne-Laure Guégan. *Sonido*: Pierre Mertens. *Decorados*: Sébastien Danos. *Elenco:* Jeanne Moreau (Frida), Laine Mägi (Anne), Patrick Pineau (Stéphane), François Beukelaers, Fred Epaud, Claudia Tagbo, Ita Ever, Helle Kuningas, Tõnu Mikiver, Helene Vannari, Ago Anderson, Yvonne Gradelet, Piret Kalda, Roland Laos, Corentin Lobet (Olivier). *Producción:* Jeremy Burdek, Philippe Kauffmann, Nadia Khamlichi, Adrian Politowski, Miléna Poylo, Gilles Sacuto, Riina Sildos, Gilles Waterkeyn. *Productoras*: TS Productions, Amrion, La Parti Productions, uFilm, uFund, Canal+, Ciné+, Centre National de la Cinématographie (CNC), Palatine Étoile 9, Cofimage 23, Estonian Film Foundation, Media Programme of the European Community, Centre du Cinéma et de l'Audiovisuel de la Fédération Wallonie-Bruxelles, VOO, Le Tax Shelter du Gouvernement Fédéral de Belgique. *Duración*: 90’

Este film se exhibe por gentileza de Mirada Distribution

El Film

Una dama en París, película de Ilmar Raag, narra la historia de dos mujeres de Estonia que se encuentran en París. Parece que Estonia no es un lugar agradable para vivir. Eso, por lo menos, es lo que se deduce de las imágenes que dan inicio a la película. Un lugar excesivamente frío, machista, solitario, donde solo las excusas hacen que alguien permanezca ahí, nunca la voluntad, sino la necesidad. Por ejemplo, la necesidad de cuidar a la madre enferma. Por eso, cuando ésta muere y la hija que la cuidaba ya no tiene ninguna excusa para quedarse, porque sus hijos ya no la necesitan, ya viven solos, entonces tiene que irse. Y se va a hacer lo mismo que hacía en Estonia, porque el sujeto puede cambiar el escenario, pero difícilmente podrá modificarse radicalmente.
Así que Anne se va a París a cuidar a Frida, una anciana que huyó de la Estonia comunista y que vive en Francia desde hace ya muchas décadas. Anne se va de Estonia a Paris para buscar Estonia, Frida nunca quiso volver, ya no habla estoniano, prefiere hablar francés. Y Anne puede ir a cuidar a Frida porque es estoniana, pero habla francés. Es un filme que pone en escena la pretensión y la búsqueda constante de la diferencia. Pero al mismo tiempo su constante fracaso.
Roland Barthes en su seminario sobre lo neutro afirmó que el sentido es producto del conflicto entre dos términos, es decir, de la diferencia. En el caso del film, el fracaso de la diferencia, tal vez tenga que ver con esa imposibilidad de encontrarle sentido a las acciones que las protagonistas realizan. Frida se fue porque quería ser una artista libre en la ciudad del arte. Anne porque no tiene ninguna razón para seguir en Estonia. Pero Frida no fue artista y Anne no encuentra razones para vivir en París. Paradójicamente, esa similitud en estas mujeres es lo que finalmente permitirá que se reconozcan y que se den la posibilidad de darse un sentido. Si el sentido proviene de la diferencia, ellas van a hacerse conscientes de esa necesidad y van a declarar sus diferencias en sus similitudes. De esta manera, logran

establecer un lazo que no está dado por su procedencia, ni siquiera por su género, sino por su estar en el mundo. Es decir, porque ambas han logrado tomar cierta distancia frente a sus acciones, reconocen que son producto de sus decisiones y se hacen cargo de ellas. En cierto sentido, eso las libera, las emancipa, y las vuelve independientes.
Así, Frida logra hacerse cargo de la imagen de mujer rebelde y diferente que la hizo llegar sola a la vejez. Anne logra entender que nada hay en el pasado que le pertenezca y que tiene todo por hacer. La independencia se produce cuando, a partir del conflicto, aparece el sentido. Entonces, se hace evidente que solo en la diferencia es donde puede aparecer la voluntad. La voluntad que hizo a Frida quedarse en París y renunciar incluso a su familia; y la voluntad de Anne que comprende que es su vida la que debe ser el centro de su atención y dejar de cuidar a los otros. Esto es el producto de un lazo de comunidad, la comunidad conformada por estas dos mujeres solas que rehacen un vínculo que configura un ser común.
Esto puede ayudar a entender el título de la película que en francés es **Une estonienne à Paris**, se trata de una estoniana, de una dama. El hecho de que sea una sola, cuando en la película son dos, apunta hacia una idea de posición, posicionarse como una, para configurar una unidad que puede ser de dos.

(Mario Henao, extraído de http://revistalucarna.blogspot.com.ar)

La dama estoniana del título puede ser -cuando la historia ha terminado de ser contada- cualquiera de las dos. En principio, sin embargo, antes de que sus caminos se crucen, parecería que entre las dos mujeres sólo hay diferencias: la tímida, opaca Anne (Laine Mägi) tiene la tristeza, la resignación y el desaliento reflejados en la mirada de sus ojos grises. Ha vivido los últimos años dedicada a cuidar a su madre enferma en un pueblito de Estonia y ahora que ella acaba de morir, se encuentra definitivamente sola. Divorciada hace mucho, sus hijos han dejado la casa y apenas los ve unos minutos en la ceremonia fúnebre. Ellos mismos la alientan para que acepte la oferta que a los pocos días le llega de París, un lugar que siempre soñó conocer. Allí deberá encargarse del cuidado de una compatriota rica y anciana, de la que apenas sabe que tiene un carácter difícil.
La autoritaria Frida es, en cambio, luminosa como aún puede serlo una Jeanne Moreau que a los 84 años (el film es de 2012) puede robar cada escena en la que aparece, aunque sea en un personaje tan cambiante, orgulloso y malhumorado como esta anciana dama extravagante. Ella ha pasado tantos años disfrutando de las libertades de París que hasta ha olvidado su lengua materna y cortado toda relación con lo que quedaba de su familia en el Báltico y con el grupo de compatriotas con los que en otros tiempos integraba un coro.
Las diferencias están a la vista en el estilo, la ropa y el modo de actuar, pero también en sus experiencias del mundo: la simplicidad campesina de Anne está lejos de la liberalidad mundana de Frida, de la que probablemente le ha quedado esa pose de diva que la vuelve a veces cautivante y a veces inaguantable. El que tiende el lazo laboral es Stéphane (Patrick Pineau), un ex amante que hoy es su amigo y constituye la única compañía que la anciana quiere a su lado. En cambio, rechaza de plano a la asistente que él le ha impuesto para que la atienda y la proteja. Llevará tiempo limar esos desencuentros.
Ilmar Raag se inspiró en experiencias vividas por su propia madre, cuando tras la depresión y el vacío que padeció al quedar viuda a los 50, aceptó viajar a París a cuidar a una anciana estoniana adinerada y volvió convertida en otra mujer. Una transformación similar vive Anna, al tiempo que la interconexión que se establece entre los tres personajes va mostrando la gradual evolución del vínculo entre las mujeres, desnudando sus personalidades, exponiendo sus actitudes frente a la muerte y reconstruyendo sus historias en escenas tan acertadas como las que explican el porqué del aislamiento de la anciana y de su rechazo a todo lo que la liga a su país, o como la que alude a la calidad de la relación que ha vivido con Stéphane: un conmovedor y delicado momento íntimo en el que el lugar de la pasión es ahora ocupado por la nostalgia.

(Fernando López, extraído de www.lanacion.com.ar)

Como **Amigos intocables**, la taquillera película de Olivier Nakache, **Una dama en París** es una de esas películas que fuerzan la convivencia de personajes incompatibles con la excusa de que uno debe cuidar al otro. Lo que suele ocurrir en este subgénero “de opuestos” es que al principio las cosas no marchan muy bien, pero de a poco todo se acomoda y tanto un personaje como el otro reciben una lección de vida. Y en este caso, esa regla se cumple para deleite de los espectadores: la estonia (el director, Ilmar Raag, es de esa nacionalidad) Anne viaja desde su país a París para cuidar a Frida, una anciana compatriota que pasó la mayor parte de su vida en Francia. Por supuesto, además de depresiva, la vieja es ácida, cascarrabias, cruel. Pero, en contacto con Anne, se suavizará e incluso llegará a sonreír.

Lo mejor de **Una dama en París** son las actuaciones y el tono. Jeanne Moreau muestra que, a los ochentipico, está a la altura de su leyenda. Con su sufrido rostro báltico, Laine Mägi, la cuidadora, es su perfecta contraparte (entre ambas consiguen eso que suele definirse como “química”). El director acertó al no cargar las tintas sobre la emotividad: esquiva los golpes bajos y no intenta que sintamos pena por sus criaturas. Y, de refilón, se mete con al menos dos temas tabú. Uno, el deseo sexual en la tercera edad. Otro, los sentimientos encontrados que experimentan quienes quedan con un anciano a su cargo: el amor y la abnegación mezclados con el hartazgo y la necesidad de liberación. “Yo deseé que mi madre se muriese”, confiesa Anne, y abre la puerta a la reflexión sobre una problemática cada vez más acuciante.

(Gaspar Zimerman, extraído de www.clarin.com)

Rogamos apagar los celulares
No se pueden reservar butacas